

Adrián J. Sáez

Godos de papel

*Identidad nacional y reescritura
en el Siglo de Oro*

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Índice

PRÓLOGO. El noble mito de los godos, <i>por Luis Alberto de Cuenca</i>	9
INTRODUCCIÓN: <i>Hispania Gothorum</i>	15
CAPÍTULO 1. Una y diversa: la formación nacional de España	25
1. Antiguas y modernas: la paradoja de las naciones	26
2. «A una corona reducidos»: el caso español	38
3. Godos y españoles: el mito neogótico	55
4. Un pasado a la medida: la hora de la reescritura	80
CAPÍTULO 2. Historias de godos: usos y abusos	83
1. Leyendas y mitos: la continua reescritura de la historia	84
2. Cosas de godos en la historiografía de los siglos XVI y XVII	100
3. <i>Laus Hispaniae</i> : corografías góticas (Toledo)	125
4. Imágenes de poder: listas, emblemas y espejos de príncipes	132
CAPÍTULO 3. Godos de ficción: visiones y reflejos	143
1. «Godo Quijote»: los godos de Cervantes	145
2. De bárbaros a pícaros: novelas góticas	158
3. De traidor a santo: el príncipe Hermenegildo en el teatro	164
4. Godos en escena: Lope y Calderón	179
5. «Todos blasonan»: Quevedo, la poesía y los godos	194
6. El Ícaro del norte: el rey godo de Suecia	205
CAPÍTULO 4. La <i>Gothic connection</i> : el ingenio de la diplomacia	215
1. Batallas de salón: embajadas y relaciones internacionales	216

2. Alianzas godas: Saavedra Fajardo y la <i>Corona gótica</i>	222
3. «Insignes campeones»: las <i>Selvas dánicas</i> del conde de Rebolledo	230
CAPÍTULO 5. Siglo de Oro, siglo de godos: conclusiones	241
BIBLIOGRAFÍA	249

PRÓLOGO

El noble mito de los godos

Adrián J. Sáez es uno de nuestros filólogos más brillantes. Algo así como una supernova, o sea, una explosión estelar de la filología hispánica más reciente, por no decir recentísima, porque la edad del genio de quien hablo apenas acaba de trasponer la barrera de la treintena. Todo lo que Adrián acomete está marcado por la excelencia, desde lo que defiende desde un plano conceptual hasta lo que comunica desde un plano verbal. Escribe como escribían los ángeles antes de su guerra civil en las alturas, porque, luego, los que defendieron la ortodoxia divina se hicieron acomodaticios y perdieron estilo y vigor retórico, y los rebeldes se limitaron a partir de entonces a redactar contra la Divinidad invectivas de escaso o nulo interés literario. Adrián tiene una cabeza privilegiada —me recuerda a la de los maestros Ramón Menéndez Pidal o Francisco Rico, que tanto nos han hecho disfrutar con su hipnótica escritura, más propia de creadores que de meros comentaristas— y, por si no fuesen suficientes sus virtudes intelectuales para ubicarlo en el Walhalla de la filología (que en su caso, como navarro de nacimiento que es, está ubicado en Montejurra), es, además, un tipo encantador que da las conferencias en plan peripatético, paseando de un lado a otro y gesticulando con la elegancia de un actor de la Royal Shakespeare Company, y es buen amigo de sus amigos, y trabajador como pocos, y un gran atleta que ha disputado maratones en distintos lugares de Europa, continente que conoce de cabo a rabo. No me extraña que

una persona como Adrián J. Sáez haya dedicado alguno de sus muchos talentos intelectuales a invertir en un mito cultural tan sugerente como el de los godos, omnipresente en las crónicas y en la literatura más creativa —teatro, novela, poesía— de nuestros Siglos de Oro.

Me da la sensación de que no soy yo el único, sino que hay mucha gente en todo el mundo interesada por esos siglos apasionantes y oscuros en los que finaliza la Edad Antigua y comienza el Medioevo. Los siglos en que, en nuestros lares, Hispania se inauguraba como reino, constituyéndose como una de las más antiguas monarquías nacionales de Europa. Eso tuvo lugar gracias a una larga serie de azares que hicieron de los godos —un pueblo que procedía en origen de la península escandinava, que emigró al mundo báltico primero, a Ucrania después, y apareció en la escena romana a partir del siglo III de nuestra era y por la zona oriental del Imperio— los protagonistas absolutos de esa primera España que proporcionaría a la Península ibérica una historia común con una antigüedad de mil quinientos años, lo que no es poco tiempo, voto a bríos. El último de esos azares se produjo al desaparecer, por la presión guerrera de los francos, el reino godo de Tolosa y aparecer en su lugar el de Toledo, claramente ceñido ya al ámbito geográfico de la piel de toro.

Al margen de esa creación de un reino propio, que tiene lugar con Leovigildo en el siglo VI, es un hecho incontestable que los godos ejercen un intenso magnetismo sobre los españoles cultos de ambos sexos, aunque no sea más que por la niebla, siempre favorecedora a la postre, que envuelve su paso por aquellas Hispanias romanas que iban a convertirse en una sola Hispania gracias a ellos. El romanticismo los prohió como símbolo patrio, hasta el punto de convertirlos en prototipos de lo hispánico, como bien ha estudiado Miguel Cortés Arrese en su libro *Los visigodos de los románticos* (2012). Mi admirado José Javier Esparza acaba, asimismo, de dedicarles todo un libro de sabrosísima lectura, titulado *Visigodos* y publicado por La Esfera de los Libros en 2018. Ese magnetismo, enraizado en lo legendario, cuando no en lo fantástico, hace que cualquier libro que trate de los godos encuentre abundantes lectores, y así ocurrirá sin duda con el que nos ocupa, que trata del mito gótico en que se asienta la Monarquía hispánica y todos los productos culturales de ella derivados en el Renacimiento y el Barroco.

Discurriendo como discurre Adrián por las autopistas del *logos* en su calidad de amante de esa palabra griega (que es lo que viene a ser un *filó-logo*), se aproxima en su itinerario al territorio mágico del

mythos, porque en todo humanista que se precie de serlo las cosas no terminan en la frialdad inclemente del *logos*, sino que se templan y adquieren consistencia y atractivo en ese paraíso arbitrario e intemporal que es el *mythos*, en este caso el de los godos. El camino, aparentemente irreversible, que conduce del mito a la razón puede —y yo diría que hasta debe— recorrerse en sentido contrario. Sobre todo el que conduce al viejo, noble y acrisolado mito de los godos, que ha servido para demostrar que la Península ibérica es una unidad de destino indestructible desde Leovigildo, por mucho que bramen los secesionistas de turno. Y eso lo tenían muy claro nuestros mayores de la época áurea, tan admirablemente estudiada en sus aspectos literarios por estudiosos como Adrián J. Sáez, honra y prez de la andante filología hispánica, espejo de lectores de nuestras letras clásicas.

Luis Alberto de Cuenca
Madrid, 17 de enero de 2019